

EL MODERNISMO Y LA GENERACIÓN DEL 98

Los cambios históricos de finales del siglo XIX (pérdida de las últimas colonias, crisis del final del siglo, graves problemas sociales y políticos, etc.) unidos al cansancio de las tendencias realistas entre los escritores más jóvenes dieron lugar a comienzos del siglo XX a una nueva literatura renovadora que se conoce generalmente con el nombre de Modernismo y que afectó a la prosa y al teatro pero, sobre todo, a la poesía. Tradicionalmente se ha considerado que simultáneamente al Modernismo desarrollaron su obra un grupo de escritores que coinciden en muchos aspectos con los modernistas y que se conocen con el nombre de Generación del 98, si bien cultivaron esencialmente la novela y el ensayo (Unamuno, Baroja o Azorín).

El Modernismo es en origen un movimiento inconformista con el que los escritores expresan sus sentimientos antiburgueses y su crítica a la sociedad en la que viven, con formas de vida a menudo bohemias para subrayar su rechazo de la mentalidad comercial y utilitaria. Pero, fundamentalmente, es una corriente literaria nacida en Hispanoamérica que se nutre de movimientos poéticos anteriores de otros países, como el Parnasianismo y el Simbolismo o el Decadentismo.

Con estos orígenes históricos y literarios los modernistas crearon una poesía con dos líneas temáticas principales: A) la evasión de la realidad contemporánea en el tiempo y en el espacio para recrear mundos refinados y amorales donde el erotismo juega un papel principal. B) la expresión de los sentimientos íntimos, manifestados por medio de símbolos, que entroncan con la desazón romántica y su melancolía debido al carácter irrealizable de los deseos del poeta.

Junto con estos nuevos temas la poesía modernista se caracteriza, sobre todo, por la creación de un nuevo lenguaje poético completamente alejado del prosaísmo de la literatura realista. El estilo es refinado, el léxico es muy rico y desusado (cultismos, neologismos, etc.), se acumulan las figuras retóricas (especialmente la sinestesia y las metáforas audaces) y se renuevan completamente los usos métricos (uso del alejandrino y el dodecasílabo, creación o modificación de las estrofas tradicionales, intentos de imitar la versificación grecolatina, etc.) para incidir en la musicalidad del lenguaje.

La mayor parte de estas características se encuentran en la obra del poeta nicaragüense Rubén Darío cuyos libros principales influirían decisivamente en los poetas jóvenes americanos y españoles de principios del siglo XX. En España las novedades modernistas se dejan sentir en la obra de numerosos aunque los dos autores más relevantes serán dos poetas cuya evolución lírica posterior les llevaría muy lejos de su inicial modernismo: Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

Antonio Machado desarrolló una poesía hondamente temporalista y reflexiva cuyas raíces están en el Modernismo. Su libro inicial, *Soledades*, incluye numerosos poemas pertenecientes a su línea más evasiva y formalista aunque ya en la segunda edición de este libro con el título de *Soledades, galerías y otros poemas* (1907) se rechazan algunas de estas características para centrarse en la expresión intimista y simbolista de temas existenciales. Mayores variaciones respecto al Modernismo contiene su siguiente libro de poemas, *Campos de Castilla* (1912), en el que inicia sus poemas reflexivos sobre la realidad histórica española y sobre su paisaje e incluye homenajes a amigos, poemas amorosos y poemas breves a modo de aforismos que continuaría en su tercer libro, *Nuevas canciones*.

También Juan Ramón Jiménez se inició como poeta con versos muy modernistas externamente hablando: el léxico escogido, la brillantez métrica y la musicalidad son rasgos esenciales de sus primeros libros. Pero hacia 1916, sin embargo, con su obra *Diario de un poeta recién casado*, Juan Ramón Jiménez iniciaría una poesía que busca la belleza y la perfección de la poesía pura y que incluye numerosas novedades (mezcla

de prosa y verso, uso de collages, empleo de citas, el verso libre) decisivas en la formación de los poetas de la llamada Generación del 27. Esta segunda línea poética suya de carácter intelectual y metapoético es la que continuaría y profundizaría en abundantes libros posteriores, continuamente reelaborados, como *Piedra y cielo*, *Eternidades*, *La estación total* o el largo poema en prosa *Espacio*.

Los escritores del 98, por su parte, manifestaron por esta época una tendencia a reflexionar sobre los problemas de España desde un punto de vista muy subjetivo e individualista además de incidir en asuntos existenciales como el sentido de la vida y de la muerte, el papel de la religión y los conflictos morales que estaban en el ambiente filosófico del momento (Nietzsche, Schopenhauer). Esta renovación temática va acompañada de cambios en la forma y el estilo con los que intentan reaccionar contra el realismo dominante de la época.

Toda esta renovación se deja notar sobre todo en la novela. Los autores del 98 tendieron a expresar de manera personal y subjetiva sus preocupaciones individuales más que a reflejar objetivamente la realidad exterior como quería el Realismo. Por eso mismo el autor-narrador está muy presente en estos relatos y manifiesta continuamente sus opiniones. Y las obras suelen centrarse en un personaje central más que una colectividad, personaje que suele ser hipersensible, enfermizo, desorientado y reflexivo. Abundan los relatos autobiográficos y las novelas cortas y se suele utilizar un léxico valorativo y descripciones subjetivas así como una tendencia al estilo sobrio y desnudo donde son muy frecuentes los diálogos. Todos estos rasgos, sin embargo, se matizan bastante en cada uno de los escritores.

Unamuno reflejó sus preocupaciones personales y sus contradicciones íntimas en la mayoría de sus novelas con un estilo lleno de paradojas y metáforas que aluden a sus inquietudes filosóficas, sobre todo a partir de *Niebla* cuando se desarrolla una narrativa basada en el estudio de la angustia existencial del personaje (y del autor), patente en el conflicto entre creador y personajes, una narrativa que presenta una acción mínima y que se centra en las reflexiones filosóficas e intelectuales. A este tipo de relato le llamó Unamuno *nivola* y con él consiguió sus mejores obras, sobre todo en novelas cortas como en *San Manuel Bueno, mártir*.

El novelista más característico del 98 será con todo Pío Baroja, aunque también es el más próximo a los planteamientos realistas. Su abundante producción se suele agrupar en trilogías (como las conocidas *La lucha por la vida* y *La raza*) y da una gran importancia al argumento más que a la caracterización de los personajes, frecuentemente esquemática. Sus novelas, muchas ellas de aventuras como *Zalacaín el aventurero*, suelen encerrar una visión pesimista de la vida y una protesta contra la sociedad ambiente, como se ve en su obra maestra, *El árbol de la ciencia*, y su estilo es muy natural y a veces descuidado.

Muy distinto es el caso de Valle-Inclán cuya narrativa comienza con los relatos modernistas y evasivos y de un estilo muy cuidado y sensorial de las *Sonatas* para pasar, en la línea de su teatro esperpéntico, a cultivar una novela ferozmente crítica basada en la deformación grotesca y de gran dificultad estilística como se ve en *Tirano Banderas* y en la trilogía incompleta de *El Ruedo ibérico*.

Los escritores del 98 cultivaron abundantemente también el ensayo, reflejando en sus páginas los dos temas característicos antes mencionados, como se ve en las obras de Unamuno y Azorín.